

al Archiduque muy disgustado, se creyó remediar el mal, y los otros que surgían del momento, mandando á México á Márquez con la misión delicada de Lugar-Teniente del Imperio, investido de plenos poderes, y acompañado de Vidaurri, que se encargaría del Ministerio de Hacienda.¹

La marcha se verificó la noche del 22, con mucha reserva, llevando de escolta el comisionado dos cuerpos de caballería de la frontera á las órdenes de Don Julián Quiroga; y el día de la salida, pocas horas después de verificada, Miramón recibió orden de atacar la Hacienda de San Juanico, con el fin de apoderarse de unos carros con víveres que habían llegado para los republicanos. Un buen resultado produjo ese movimiento, pues los imperialistas, después de un reñido combate, lograron lo que deseaban, conduciendo como trofeos á la plaza los víveres de que tanto necesitaban.

El 23 llegaron al campo de los sitiadores los Generales Don Vicente Riva Palacio, Don Juan N. Méndez, Don Ramón Márquez Galindo, Don Joaquín Martínez, Don Bernabé L. de la Barra, y los Coroneles Don Ignacio M. Altamirano y Don Eulalio Núñez, con cerca de cuatro mil hombres, del contingente de los Estados de México, Puebla y Guerrero.

La presencia de estas tropas determinó al General Escobedo á regularizar el sitio, concluyendo la circunvalación por el lado del Cimantario, para lo cual se hacía preciso la toma de la Casa Blanca.

Esta operación, que debía verificarse al día siguiente, quedó encomendada al General Corona, en cuya virtud el 24 por la mañana tres columnas, á las órdenes de los Generales Méndez, Riva Palacio y Martínez, llegaban á la altura de la Casa Blanca, con sus correspondientes reservas.

El segundo de dichos jefes había organizado su división en dos co-

¹ Mucho se ha dicho acerca del objeto de la salida de Márquez de Querétaro y su venida á la Capital.

Los imperialistas lo acusan de traidor, pues que, según ellos, las instrucciones que recibió se redujeron á sacar de México las tropas que lo guarnecían y conducir las en auxilio del Archiduque.

Márquez, en un largo escrito que tenemos citado en esta obra, rechaza el cargo; y nosotros que ningún interés tenemos en aclarar el punto que juzgamos baladí para el resultado de la cuestión, lo abandonamos al buen juicio y recto criterio de nuestros lectores.

lumnas, una al mando del General Vélez y la otra á la del de igual clase, Don Benigno Canto; y al llegar frente á la Casa Blanca rompió el enemigo un nutrido fuego de fusilería, destacando en seguida columnas de caballería que detuvieran la marcha de los asaltantes; manio- bra que quedó desbaratada por la oportuna evolución de los escuadros republicanos mandados por los Generales La Barra y Echeverría.

En estos momentos, para llamar la atención, dispuso Corona que el General Neri marchara del lado de la Cruz; y organizado el combate á la una del día, la columna del Centro, apoyada por la caballería y 20 piezas de artillería, descendió de la vertiente del Cimatario, dirigiéndose simultáneamente á la Alameda y á la Casa Blanca.

Iba dirigida por el General Joaquín Martínez, llevando como subalternos á los Coroneles Florentino Mercado y Manuel Peña y Ramírez, y el Comandante del batallón de Huichapan, Gumesindo Corchado: avanzó denodadamente, recorriendo una distancia de más de 400 metros, bajo un fuego nutrido de cañón, pero con un orden, con una intrepidez y un aplomo, que daban una alta idea de su valor y disciplina. El enemigo estaba ahí, emboscado en un ancho foso y mandado por Méndez, quien, al tener á los asaltantes á tiro de pistola, dió un grito enérgico, y á la cabeza de sus tropas arremetió contra los republicanos que emprendieron la fuga, perseguidos por las balas enemigas, que rebotando en el llano, hacían espantosos vacíos en sus filas.

Miramón mandó cargar á la caballería que tomó cerca de 200 prisioneros; pero la artillería republicana, perfectamente establecida, la hizo sufrir pérdidas sensibles, y ayudó á las columnas que se retiraban á volver á su campamento.

La brigada de Puebla mandada por el General Ramón Márquez Galindo, seguía con avidez, formada en cuadro, y como de reserva, las peripecias del combate, bajo los fuegos cerrados del enemigo; y ya en los momentos de lanzarse á la pelea, recibió orden de suspender el movimiento.

Mercado y Peña y Ramírez, jóvenes entusiastas y simpáticos, quedaron muertos en el campo de batalla: los sitiadores tuvieron de pérdida como dos mil hombres, entre muertos y heridos solamente, pues no habiendo sido posible levantar el campo, en virtud de los horrores de la guerra que ahoga en los combatientes todo sentimiento de

humanidad, un número considerable de estos últimos murió en el abandono, devorado por las fieras y por las aves de rapiña. "El llano de Carretas, dice un historiador,¹ estaba sembrado de puntos blancos que se habrían podido tomar de lejos por borregos descansando."

La Casa Blanca iba á ser tomada, pero el fracaso de la columna del Centro dió tiempo á Miramón y á Méndez para acudir á su defensa con numerosos refuerzos, á la vez que Mejía llegaba con sus escuadrones, lo cual obligó á retroceder á las columnas republicanas.

Malgrado el ataque, los sitiadores obtuvieron la ventaja de completar su línea de circunvalación: el General Corona mandó tocar retirada, la cual se verificó en buen orden, á las cuatro de la tarde.

Las operaciones del sitio continuaron sin ningún suceso notable, hasta el 1º de Abril, en que Miramón, á la cabeza de una columna de 4,000 hombres, logró sorprender la fuerza del General Antillón, que cubría la iglesia de San Sebastián: de allí avanzó sobre la Cruz del Cerrito, otro edificio importante; mas la oportuna presencia del General Escobedo que acudió con fuerzas respetables, hicieron retroceder á los imperialistas, causándoles enormes pérdidas, siendo el resultado que los republicanos avanzaron más sus posiciones.

El 5 por la noche se verificó un ataque sobre la línea del General Rocha; pero sentidos á tiempo los asaltantes, fueron recibidos con un fuego vivísimo, siendo rechazados con grandes pérdidas.

El 10 celebraron los imperialistas el aniversario de la aceptación del trono por Maximiliano: hubo sus discursos y felicitaciones, que éste contestó por medio de una larga alocución que terminó así: "Jamás abandonaré mi puesto, y ni un momento olvidaré que desciendo de una raza que ha pasado por crisis mucho más terribles que la que yo paso, y no seré yo quien manche la gloria de mis abuelos."

Al día siguiente se ejecutó por los imperialistas un ataque á la Garita de México, ataque que tenía por objeto hacer pasar á favor del combate, entre las líneas de los sitiadores, algunos correos para el general Márquez. Tres gruesas columnas de infantería y una de caballería, al mando del Príncipe de Salm Salm, se destacaron sobre el punto indicado, que fué defendido valientemente, teniendo que re-

¹ Alberto Hans. Memorias de un oficial del Emperador Maximiliano.—Traducción por Lorenzo Elizaga.

troceder los agresores, sin haber obtenido nada, y sí sufrido bastantes pérdidas.

Las circunstancias, pues, apremiaban; Márquez no parecía; las obras de circunvalación progresaban rápidamente, haciendo impracticable una salida: los sitiadores recibían diariamente refuerzos de todas partes; cierta inquietud amenazadora y persistente empezaba á difundirse entre los sitiados, por más esfuerzos que se hacían para vencerla; por todo lo cual Miramón y Ramírez Arellano dirigieron una sentida exposición al Archiduque en la que después de hacer una pintura exacta, pero bien deplorable de la situación, y reconociendo la imperiosa necesidad que había del auxilio de una fuerza extraña para el triunfo de las armas que defendían la plaza, le aconsejaban romper la línea de los sitiadores, é ir con una fuerza de 1,000 caballos á México, con el fin exclusivo de hacer que el General Márquez se moviera rápidamente en dirección á Querétaro; y que en caso de que S. M. no creyera conveniente salir en persona, que encomendara tal comisión al General Mejía, para que éste, reunido á Márquez, le hiciera ejecutar lo que el Archiduque le tenía ordenado; quedando ellos, en ambos casos, comprometidos á defender y conservar la plaza hasta que llegara el ejército auxiliar, ó hasta que, en un evento desgraciado, y sabida la derrota de éste, fuera necesario romper el sitio á viva fuerza.

El plan propuesto era impracticable, como salta desde luego á la vista, y no parece sino que, en su ejecución, lo único que se pretendía era deshacerse de Maximiliano, echándolo como de carnaza á los sitiadores. Así lo comprendió éste, y declinó políticamente en Mejía el honor de la salida, contestando, "que su puesto era donde había mayor peligro, y que si habían de sucumbir, quería también participar de la desgracia."

Mejía se hallaba enfermo, y pasaron los días sin que llegase el alivio, perdiéndose, por lo tanto, la esperanza de la realización del proyecto; en el ínter, la incomunicación era absoluta; se ignoraba la derrota de Márquez, y el día 12, Don Pedro Sauto, que se ofreció el ir á México con cartas para el Ingarteniente, había sido sorprendido y fusilado por los sitiadores.

Todo este cúmulo de incidentes, y la carestía de toda especie de municiones, cuya falta se iba acentuando de manera aterradora, ha-

cían la situación más y más terrible y sin esperanza de remediarla, por lo que celebróse en la casa de Mejía una Junta de Guerra, en la cual Miramón presentó, en nombre del Archiduque, el siguiente cuestionario:

"1º ¿Se debe continuar la defensa de Querétaro, ó ha llegado el momento supremo de abandonarla?"

"2º Si continúa la defensa de la plaza, ¿qué se hará de víveres, forrajes y dinero?"

"3º ¿Qué se deberá hacer con la caballada?"

"4º Una vez que se crea conveniente continuar la defensa, ¿qué tiempo se deberá permanecer aún en este estado?"

"5º ¿Se deberá nombrar una comisión de Generales para proporcionar recursos pecuniarios al ejército?"

"6º Es conveniente la salida de la plaza de los señores Generales Morett, y coroneles, Príncipe de Salm Salm y Campos á la cabeza de la caballería?"

La discusión fué larga, y concluyóse por adoptar la resolución de defender á toda costa la plaza, hasta el completo agotamiento de toda clase de recursos, y que saliesen el Príncipe, Morett y Campos á la cabeza de una parte de la caballería.

Continuando enfermo Mejía, la comisión que éste debía desempeñar se le encomendó al referido Príncipe, y quedó consignada en una instrucción que abarcaba 20 puntos, y que, según refiere el Dr. Basch, le dictó el mismo Maximiliano.

En ese documento se ordenaba, entre otras cosas de menos importancia:

Que se invitara á algunos miembros del Cuerpo Diplomático á que acompañaran á Márquez en su retorno á Querétaro; hacer saber á éste y á Vidaurri la verdadera situación, y que hacía seis días estaban comiendo carne de caballo; dar al público buenas noticias; exigir de Márquez una respuesta decisiva en el término de 24 horas; despachar correos con cuantas noticias fuera posible; influir en la prensa extranjera; México sería abandonado si hubiese allí tropas para socorrer á Querétaro, pero no suficientes para guarnecer la Capital; llevar á Querétaro cuando menos 200,000 pesos; y por último, se autorizaba al Príncipe *para tratar con las personas del partido contrario*, y para poner preso á Márquez, si era necesario.